

históricos parecería que los intereses del imperio británico se vieron afectados. En este sentido, algunos historiadores afirman que dicha situación no fue ajena a las causas del conflicto.²

De acuerdo con lo anotado, la obra se abordó con un criterio geográfico tradicional, exceptuando a aquéllos países que no hubiesen alcanzado la plena soberanía. En el caso de América del Sur se trata de la Guayana francesa. Ello hace referencia también a la mencionada inclusión de Surinam y Guyana, indiscutiblemente penetradas con El Caribe, pero geográficamente integrados a América del Sur.

Por último, dos aspectos no menores del trabajo. Uno es el tema de las fuentes. El autor afirma y advierte que existe desequilibrio en el conocimiento especializado de los sistemas políticos y, en muchos casos, carencia de fuentes bibliográficas adecuadas. El otro aspecto es el objetivo de la publicación que, relacionado con lo anterior, pretende llenar el vacío temático-bibliográfico.

En relación con el primer aspecto, cabe señalar que la restricción bibliográfica, impuesta por el grado de especialización del tema, hizo que el autor excluyera de su apoyo bibliográfico aproximaciones nacionales más amplias, que son clásicas en las historiografías respectivas. Por último, y en torno al segundo aspecto apuntado, pese a las dificultades manifestadas el volumen cumple con el objetivo propuesto por el autor, y posibilita a

² Apud, José Pedro Barrán, *Apogeo y crisis del Uruguay pastoril y caudillesco: 1839-1875*, EBO, Montevideo, 1982, t. 4 (Historia del Uruguay).

quien lo consulta el acceso a una información puntual de cada país, aunado al privilegio de contar en una misma obra con los respectivos análisis del conjunto regional. Es por tanto un trabajo que aporta líneas de investigación para un estudio comparativo.

Silvia Dutrénit Bielous
INSTITUTO MORA

Víctor Hugo Acuña e Iván Molina, *Historia económica y social de Costa Rica (1750-1950)*, Editorial Porvenir, San José, 1991.

En las últimas décadas, los estudios históricos en Costa Rica han evidenciado un crecimiento notable, medido no sólo en la cantidad de nuevos títulos que anualmente las casas editoriales lanzan al mercado, sino y sobre todo, en la calidad de esas obras que a fin de cuentas han sentado las bases para una reinterpretación global del pasado nacional.

Un grupo de jóvenes historiadores, nucleados alrededor de la Universidad de Costa Rica, aparece como el principal responsable de esta labor, realizada a partir de una encomiable tarea de rescate de fuentes documentales, observadas a la luz de nuevas perspectivas teórico-metodológicas.

La historia de Costa Rica, desde la conquista hasta mediados de nuestro siglo, está siendo objeto de una fecunda revisión. En un primer momento, parte de este esfuerzo se dirigió hacia la historia económica. Visiones casi sacralizadas no pudieron re-

sistir el embate de desafiantes hipótesis, más tarde rigurosamente comprobadas. Aportes diversos derivados de la demografía histórica, de las técnicas de la historia oral, así como la incorporación de perspectivas metodológicas provenientes de la antropología social, han abierto nuevos horizontes para el estudio de la historia política y social.

En los años previos a la independencia Costa Rica era una colonia pobre, atrasada, aislada, con una economía donde predominaban unidades campesinas poco integradas entre sí. Existían pocos latifundios, con un peso económico y social débil. La economía indígena era minoritaria. En consecuencia, no había una gran masa de trabajadores desposeídos y, por la importancia de la producción campesina de mestizos y blancos y el carácter de la producción de las comunidades indígenas, la servidumbre como coacción extraeconómica era casi desconocida.

En el entorno centroamericano, e inconcluso latinoamericano, condiciones como éstas otorgan un alto grado de "excepcionalidad" al desarrollo económico y social de Costa Rica. Al amparo de esta circunstancia, la historiografía nacional¹ construyó la imagen

de una sociedad con marcados perfiles de igualdad socioeconómica, que a manera de Arcadia rural, se proyecta hasta nuestro siglo para dar respaldo a los contornos democratizantes que caracterizan hoy a la sociedad de Costa Rica.

La concepción de "democracia rural", asentada sobre una amplia base de pequeños propietarios, comenzó a ser discutida en las décadas de 1960 y 1970, a partir de las tesis de Rodolfo Cerdas, José Luis Vega Carballo y Samuel Stone.² Aunque con las diferencias propias derivadas de la perspectiva metodológica de cada autor estos trabajos intentaron reinterpretar la herencia colonial. Así, y por primera vez, se trató de explicar las causas de la desigualdad y la diferenciación social en Costa Rica. Las categorías sociológicas, sobre todo en los estudios de Cerdas y Vega Carballo, abrieron nuevos horizontes, pero sin terminar de romper con la tradicional historiografía de donde abrevaron. La ausencia de una investigación empírica amplia, emerge como la principal deficiencia de la obra de esos dos autores.

A fines de los años setenta y durante la pasada década, el legado colonial fue objeto de una revisión crítica.

¹ La idea de una sociedad pobre, como resultado de la ausencia de actividades comerciales, de metales preciosos y de una escasa población indígena, encuentra sus precursores en la primera generación de historiadores liberales: Felipe Molina, *Bosquejo histórico de la República de Costa Rica*, Imprenta S. W. Benedict, Nueva York, 1851; Ricardo Fernández Guardia, *Cuartilla histórica de Costa Rica*, s.e., San José, 1909; León Fernández, *Historia de Costa Rica durante la dominación española*, Tipográfica Manuel Ginés Hernández, Madrid,

1889. Estas concepciones fueron continuadas en los trabajos de Carlos Monge, *Historia de Costa Rica*, B. Alfaro Editor, San José, 1939 y Rodrigo Facio, *Estudios sobre la economía costarricense*, s.e., 1942.

² Rodolfo Cerdas, *Formación del Estado en Costa Rica*, UNCR, San José, 1978 (la primera edición fue de 1967); José Luis Vega Carballo, *Hacia una interpretación del desarrollo costarricense*, Editorial Porvenir, San José, 1980; Samuel Stone, *La dinastía de los conquistadores*, Educa, San José, 1980.

Algunas versiones historiográficas fueron corroboradas, mientras que otras resultaron seriamente cuestionadas.

La existencia de relaciones mercantiles de relativa envergadura a lo largo del periodo colonial, fueron los primeros hallazgos. Las investigaciones de Carlos Rosés sobre el cacao³ y de Víctor Acuña sobre el tabaco,⁴ pusieron de relieve la existencia de una agricultura comercial. Las tesis de Mario Matarita⁵ y de Claudia Quirós⁶ acerca de la ganadería en Nicoya y en Esparza respectivamente, resaltaron la comercialización de productos pecuarios y de ganado en pie a Panamá, Guatemala e incluso al Valle Central. María Brenes⁷ ha destacado el papel jugado por Matina en el contrabando, y Lowell Gundmundson⁸ en la presencia del tráfico de esclavos. En la época inmediatamente posterior a la independencia, Carlos Araya⁹ descubrió la existencia de un ciclo minero y Clotilde

Obregón¹⁰ la exportación de palo Brasil.

También fueron revisados los orígenes de la pequeña propiedad, base de la supuesta igualdad socioeconómica. Las investigaciones sobre los siglos XVI y XVII, desarrolladas por Carlos Meléndez, Luis Sibaja y Claudia Quirós,¹¹ pusieron en evidencia que el régimen parcelario no tuvo origen en la conquista, sino que hubo un periodo en que la economía del Valle Central se caracterizó por la explotación de la mano de obra indígena. La demografía histórica¹² ha corroborado el decrecimiento de la población indígena en el Valle Central y el crecimiento de la población mestiza. Estos hallazgos vinieron a confirmar la hipótesis de que el fracaso de la encomienda se debió no sólo a la vertiginosa caída de la población aborígen, sino también a la imposibilidad de conquistar Talamanca, refugio de un importante contingente de indios bravos. La pequeña propie-

³ Carlos Rosés, *El cacao en la economía colonial de Costa Rica. Siglos XVII y XVIII*, UNCR, San José, 1975.

⁴ Víctor Acuña, "Historia económica del tabaco en Costa Rica, época colonial", *Anuario de Estudios Centroamericanos*, San José, núm. 4., 1978.

⁵ Mario Matarita, *La hacienda ganadera colonial en el corregimiento de Nicoya*, UNCR, San José, 1980.

⁶ Claudia Quirós, *Aspectos socio-económicos de la ciudad del Espíritu Santo de Esparza y su jurisdicción. 1574-1848*, UNCR, San José, 1976.

⁷ María Brenes, *Matina, bastión del contrabando en Costa Rica*, UNCR, San José, 1976.

⁸ Lowell Gundmundson, *Estratificación sociorracial y económica en Costa Rica. 1700-1850*, Universidad Estatal a Distancia, San José, 1978.

⁹ Carlos Araya, "La minería en Costa Rica, 1821-1843", *Revista de Historia*, Heredia, núm. 2, 1976.

¹⁰ Clotilde Obregón, "Inicio del comercio británico en Costa Rica", *Revista de Ciencias Sociales*, San José, núm. 24, 1982.

¹¹ Carlos Meléndez, *Conquistadores y pobladores. Orígenes históricosociales de los costarricenses*, Educa, San José, 1982; Luis Sibaja, "La encomienda de tributo en el Valle Central de Costa Rica. 1569-1583", *Cuadernos Centroamericanos de Ciencias Sociales*, San José, núm. 11, 1984; Claudia Quirós, *La encomienda en Costa Rica y su papel dentro de la estructura socio-económica*, UNCR, San José, 1984.

¹² Carlos Rosés, *Contribución al estudio de la población indígena del Valle Occidental durante la colonia*, UNCR, San José, 1978; Rafael Bolaños, *Contribuciones al estudio del decrecimiento de la población nativa de Costa Rica durante el periodo colonial. 1502-1821*, UNCR, San José, 1981.

dad, de acuerdo a Elizabeth Fonseca,¹³ nació de las apropiaciones de realengos, más tarde legalizados por medio de composiciones reales; de la disolución de propiedades comunales indígenas, y mestizas, y de la desaparición de algunos grandes fundos.

El predominio de la pequeña propiedad en la estructura del Valle Central es irrefutable, pero esto no significa que no existieran grandes propiedades, ni que todos los habitantes del Valle fueran económicamente iguales. Mario Saper y Lowell Gundmundson¹⁴ comprobaron la importancia de la diferenciación social manifestada en la presencia de un sector de campesinos pobres, de ejidatarios y de jornaleros.

En este universo de nuevos estudios y recientes “descubrimientos”, se inscribe *Historia económica y social de Costa Rica (1750-1950)*. El libro reúne una serie de trabajos escritos entre los años 1982 y 1989. Los textos, además de descubrir los avatares del desarrollo intelectual de los propios autores, revela parte del esfuerzo de esa nueva generación de historiadores costarricenses por avanzar en la comprensión del desarrollo histórico de su país. Por ello, los estudios incluidos en este libro se despliegan a partir del uso de diversas fuentes –protocolos, mortuales, hemerografía, testimonios orales–, combinados con contribuciones recientes de historiadores y otros científicos sociales.

¹³ Elizabeth Fonseca, *Costa Rica colonial. La tierra y el hombre*, Educa, San José, 1983.

¹⁴ Mario Saper, “Los productores directos en el siglo del café”, *Revista de Historia*, Heredia, núm. 7, 1978; Gundmundson, *Estratificación*.

Iván Molina, autor de la primera parte del libro, pone al día las polémicas historiográficas en torno a la herencia colonial costarricense. El proceso de consolidación de la pequeña propiedad fundaria; las desiguales relaciones de intercambio comercial entre la elite colonial y el productor campesino; los desequilibrios generados por una crónica escasez de metálico; las redes de un comercio interregional; así como los procesos de colonización interna, el crecimiento demográfico y el despliegue de la producción tabacalera en la segunda mitad del siglo XVIII, son algunos de los temas que Molina desarrolla para presentar el escenario donde, décadas más tarde, quedará asentada la temprana expansión cafetalera de Costa Rica.

Víctor Acuña abre la segunda parte del libro con un sugerente trabajo centrado en las características del proceso de transición y consolidación del capitalismo en Costa Rica. Por los rasgos heredados del periodo colonial, Acuña apunta que, a diferencia de otras regiones de América Latina, en Costa Rica el grupo dominante “no puede ser caracterizado como una clase terrateniente, sino como una capa de liliputienses capitalistas comerciales [...]” La economía campesina de blancos y mestizos y las comunidades indígenas estaban sometidas al dominio de un diminuto capital comercial que centralizaba, hacía circular y acumulaba los excedentes que aquella generaba. Así, “el poder del grupo dominante no emanaba de su monopolio sobre la tierra o de la imposición de relaciones de servidumbre, sino de su control so-

bre la pequeña circulación existente de mercancías y de dinero" (p. 113). Un esquema como éste, según Acuña, ofrecía condiciones para un tránsito al capitalismo más rápido y sin mayores dificultades, al momento en que las economías centrales comenzaron a demandar productos primarios como lo fue el café.

De suerte tal que la transición al capitalismo es caracterizada como la progresiva mercantilización de la economía campesina que se especializaba en la producción cafetalera para el mercado mundial y, simultáneamente, como la progresiva penetración del capital comercial que se expande, somete a la producción campesina y también organiza la propia producción con el surgimiento de la hacienda cafetalera.

El desarrollo de la producción mercantil simple y el desarrollo del capital comercial conducen al nacimiento del capitalismo en Costa Rica, proceso que se corona con la subordinación de la producción mercantil simple al capital comercial, y con la penetración de éste en el propio proceso productivo mediante la instauración de la relación trabajo asalariado-capital en la hacienda cafetalera (p. 114).

Acuña anota la importancia del capital comercial en el dominio de tres aspectos centrales de la producción de café: 1) el control exclusivo de una fase del proceso productivo, el beneficio; 2) el monopolio de la circulación a través del control de la exportación, y 3) el papel que asume como intermediario entre las casas comer-

ciales británicas que financian la producción, sobre todo a los pequeños productores.

En la relación asimétrica entre el comerciante beneficiador de café y el productor directo, se despliega una variada gama de relaciones sociales. El empobrecimiento campesino se agudiza, aunque no se asiste a un proceso de proletarización rápida. El productor directo fue encontrando diversas formas de resistencia (trabajo familiar, contratación por jornal de manera temporaria, migración hacia la frontera agrícola, etc.). El proceso fue lento, aunque en el largo plazo la proletarización resultó irreversible.

El Valle Central como área nuclear del despegue cafetalero encuentra su límite hacia 1890. Un espacio plenamente ocupado abre paso hacia la colonización del extremo oriental de la región central en los valles de Turrialba y Reventazón. En estas zonas se asiste a un rápido desarrollo de la cafecultura pero con características distintas respecto a lo ocurrido en el Valle Central desde mediados del Siglo XIX. En efecto, la unidad productiva en Turrialba y Reventazón fue la gran hacienda, que controlaba importantes extensiones de tierra, y en la que trabajaban cientos de peones asalariados.

Junto a la producción de café, en estas zonas se instalan nuevos cultivos de exportación: bananos y caña de azúcar. Sobre todo este último permite la penetración del capitalismo en nuevas ramas productivas; ingenios azucareros y establecimientos para la fabricación de licores.

De manera rápida el modelo agroexportador muestra cierta capacidad de

diversificación. El capital acumulado en la producción cafetalera fue penetrando otras áreas de la actividad económica. A principios del siglo XX hace aparición la producción industrial y surge un capital financiero de origen nacional.

Este modelo, en los primeros años de este siglo, fue interceptado por una masiva afluencia del capital norteamericano, dirigido esencialmente a la producción bananera; aunque más tarde también se orientó a actividades mineras y a la producción de café y de caña de azúcar.

Un esquema que combinó una producción nacionalmente controlada en el área del café y la presencia de capital imperialista "enclavado" en las zonas costeras recorre las primeras décadas de este siglo, hasta mostrar signos de agotamiento en la coyuntura abierta por la crisis mundial de 1930.

Acuña repasa los condicionamientos internos y externos de esa crisis para, desde allí, dirigir la mirada hacia fenómenos de conflictividad social provocados por aquella coyuntura. Dos estudios dan muestra de estos conflictos. Uno, el enfrentamiento entre productores y beneficiadores de café de 1932 a 1936; el otro, la organización sindical y las condiciones de trabajo en el gremio de los zapateros.

Desde la perspectiva de la historia social, en el primero se pasa revista a la agenda de un conflicto sobre la cuestión del precio del café, fuente de permanentes discrepancias entre productores y beneficiadores. El segundo tiene como escenario el medio urbano, e intenta rastrear los primeros indicios de una organización obrera.

La virtud principal de este artículo es el tipo de abordaje al gremio de zapateros. Acuña indaga en ese grupo social, intentando dar respuesta a problemas como su constitución, su identidad, su cultura, sus instituciones y sus luchas específicas. En tal sentido, el autor inserta su estudio en las nuevas corrientes historiográficas—sobre todo la inglesa—trascendiendo el enfoque "movimientista" de la clase obrera costarricense con que, hasta recientes fechas, se había observado el problema.

Historia económica y social de Costa Rica se cierra con un epílogo. En él, democracia y cultura política son los temas que articulan propuestas de un historiador siempre atento a los retos del tiempo presente. Regímenes electorales, pluralismo, legalidad y cultura política, son algunos de los problemas desde los cuales Acuña reflexiona sobre la naturaleza de la democracia costarricense. Reflexión que se realiza desde un horizonte que entiende a la democracia "no sólo como la fuerza de las urnas" sino y sobre todo como "el confort de los cuerpos, la altura de los espíritus y la libertad de las voces" (p. 207).

En resumen, el libro reseñado es un buen botón de muestra de la tarea de nuevos historiadores, de nuevas perspectivas historiográficas y de profesionales que manifiestan la imposibilidad de separar sus constataciones e hipótesis de trabajo de sus opiniones como ciudadanos.

Pablo Yankelevich
ENAH